

VIDA Y OBRA DE JOSÉ CEBALLOS MALDONADO

Por: Héctor Ceballos Garibay

ITINERARIO DE UN HEDONISTA

“Pepe”, como le nombraban sus amigos, nació el 16 de marzo de 1919, en Puruándiro, Michoacán. Cuando contaba con siete años de edad, sus padres –José y Soledad- se trasladaron a vivir a Uruapan, una de las ciudades más grandes y prósperas del estado. Apenas cumplidos los diez años y a instancias de su padre, quien para entonces laboraba como dependiente en un establecimiento comercial de ropa, obtuvo su primer empleo de mozo en la tienda El Porvenir. Dado que era el segundo hijo y el primer varón de una familia de escasos recursos en aquellos tiempos donde aún se padecían los efectos devastadores de la Revolución, Pepe no tuvo otra opción que contribuir con su granito de arena al sustento de sus hermanos, doce en total, de los cuales tres mujeres fallecieron a consecuencia de la mala calidad de vida que les tocó en suerte.

Una vez terminados los estudios de la primaria, y renuente a someterse a la disciplina patronal, el todavía adolescente prefirió independizarse e invirtió sus ahorros en instalar un estanquillo en el concurrido portal situado frente a la Plaza de los Mártires de Uruapan. Ahí, en ese establecimiento rudimentario e improvisado, que asimismo le servía de habitación por las noches, vendía periódicos, revistas, cigarros y dulces. Pero la actividad comercial, a pesar de que era el destino al que afanosamente le inducía su padre, no le satisfacía como promesa de futuro. Por ello se forjó enseguida una meta diferente y más ambiciosa: proseguir los estudios y terminar una carrera que le permitiera portar un certificado profesional. Para lograr su objetivo requería el auxilio de una alma caritativa; comenzó, pues, a escribir cuantiosas cartas solicitando ayuda a los tíos pudientes que vivían en Morelia. Uno de ellos, el Lic. Carmelo Maldonado, vislumbró dotes sobresalientes en el joven y aceptó la

encomienda de proporcionarle casa y comida en la capital michoacana a fin de que el sobrino pudiera estudiar la secundaria y la preparatoria en las insignes aulas de la Universidad Nicolaíta.

Antes de trasladarse a Morelia, cuando contaba con trece años, padeció la más dolorosa de todas sus pérdidas afectivas: la muerte de Soledad, esa idolatrada madre de larga cabellera y ojos de fulgor nostálgico que asediada por los continuos y agobiantes embarazos apenas si tuvo tiempo de cuidar de él. A su padre (quien pronto casó con una joven costurera con la cual procrearía otros cuatro hijos), por el contrario, no le guardó estimación ni respeto particulares: siempre lo consideró un hombre limitado en intelecto y en sensibilidad, un ser desprovisto de temple e incapaz de superarse a sí mismo. A manera de subterfugio frente al dolor y la desprotección, el destino le deparó un consuelo y una vocación para toda la vida: leer y escribir. Comenzó así, sin la tutela de nadie y sin contar con antecedentes ilustrados en su familia, un perseverante esfuerzo de expresarse día tras día a través de la pluma y una pasión inextinguible por atesorar la sabiduría de los libros. Fue entonces que descubrió a los autores clásicos juveniles: Verne, Salgari, Dumas, Stevenson, Defoe.

A partir de 1935 vivió en Morelia, instalado en un cuarto de azotea de la casa del tío Carmelo, ubicada en el costado norte de la céntrica Plaza de la Soterraña. El agradecimiento que le profesaba a los tíos, Carmelo y Cholita, no fue suficiente como para mitigarle la dolorosa percepción de que era un sujeto arrimado, un adolescente desvalido y marcado por una deficiente formación educativa previa y por una perniciosa timidez. Para colmo, cargaba el pesado fardo de tener que obtener excelentes calificaciones escolares (su impericia frente a materias como matemáticas, ciencias y lenguas extranjeras contrastaba con su alto rendimiento en las disciplinas humanísticas), pues sólo así se ganaría el derecho al generoso asilo que le había caído del cielo. Empero, en lugar de paraíso, esta primera etapa moreliana

representó su breve “temporada en el infierno”: tropiezos en los estudios, soledad agobiante, culpas y complejos sin cuento, carencia de dinero y de amigos, y esa nostalgia del terruño uruapense que laceraba su espíritu y adelgazaba aún más su cuerpo enjuto. A fin de evadirse de ese averno conformado por su propio mundo interior, ideó algunas tablas de salvación: las caminatas diarias por las calles del centro de la ciudad, las visitas esporádicas a los templos de San Diego y Las Rosas (un solaz sorprendente para alguien que luego sería un ateo convencido), y el placer visual que sentía cuando, desde la ventana de su habitación, contemplaba las coloridas lomas de Santa María. En ese desvencijado cuartucho, que era a un tiempo su refugio y su prisión, se encontraba una holgada hamaca que colgaba de dos pilares apolillados; era su sitio preferido, el lugar en donde, recostado y en absoluto silencio, disfrutaba de sus mayores complacencias: leer novelas, garabatear su diario e imaginar los triunfos por venir.

Al cumplir los dieciocho años, la progresiva madurez conseguida a golpes de vida comenzó a conjugarse con esa “buena estrella” que, salvo en contadas ocasiones, lo guiaría por el resto de su itinerario vital. Fue aquél un tiempo de decisiones esenciales, y cuando confirmó su vocación irrevocable como escritor. Con varios amigos fundó la revista *Letras nicolaítas*. Numerosos cuadernos de versos rimados, que nunca se atrevió a publicar, emergieron de su inspiración. Luego de ciertos titubeos, eligió por fin la profesión de médico y la especialidad de pediatría como los caminos idóneos para alcanzar su ansiada meta de convertirse en un profesional exitoso e independiente. (Siempre argumentó que, de todas las carreras, eran los médicos quienes más rápido obtenían un estatus social prominente; suponía, además, que el manejo de la salud de los niños era la rama menos complicada de la medicina y que tal circunstancia le proporcionaría un mayor tiempo para la escritura.) Nada, sin embargo, resultó tan relevante durante esta época venturosa como el encuentro

amoroso con Julia Garibay del Río, una jovencita uruapense de catorce años, cuya esmerada educación (sabía de costura y gastronomía, interpretaba al piano a Chopin, Beethoven y Liszt, y dominaba el inglés y un poco de francés) y pertenencia a la clase acomodada la volvían enormemente agraciada a sus ojos. Con ella se casaría en 1949 y juntos procrearían tres hijos varones. Julia se convirtió, desde ese instante, en la más privilegiada de todas las “buenas suertes” que se le prodigaron en lo sucesivo. Fue su luz y su tierra firme. Una fortuna inconmensurable, pues Julia quizá era la única mujer de ese entorno tradicionalista y provinciano que tenía la suficiente generosidad y amplitud de criterio como para aquilatar sus cualidades y sobrellevar sus defectos.

Durante los años cuarenta logró por fin terminar sus estudios como médico cirujano en la Universidad Autónoma de Guadalajara, y, al poco tiempo, concluyó también la especialización pediátrica en el Hospital Infantil de México. Para sostener sus estudios tuvo que trabajar en distintos oficios y padeció situaciones embarazosas como cuando, siendo velador de un reformatorio de menores, cierta noche se quedó dormido por exceso de fatiga y varios de los internos aprovecharon la ocasión para fugarse; dada la gravedad de su falta, fue reprendido y perdió el empleo. Cuentan sus amigos, tanto los nicolaítas como los tapatíos, que mientras ellos se quemaban las pestañas aprendiendo en los libros de medicina, Pepe en cambio se presentaba a los exámenes insuficientemente preparado y desvelado, pues en vez de estudiar se dejaba seducir por la lectura de sus autores preferidos: Balzac, Stendhal, Flaubert, Dickens, Dostoievski.

Ya casado, su suegro, don Valente Garibay Palafox (quien fue presidente municipal de su ciudad en dos ocasiones), le regaló a su hija una casona en el centro de Uruapan; en ese domicilio, que también le sirvió de hogar, el joven médico instaló una clínica infantil en 1950. Sobrevino de inmediato un vertiginoso éxito profesional: la clientela se agolpaba en el

consultorio y su fama se extendía hasta la Tierra Caliente michoacana. El ascenso social y laboral resultó tan espectacular que, a la vuelta de tres años, ya tenía los ahorros suficientes como para, auxiliado por dos hermanos menores, abrir varias farmacias que se coordinaron eficientemente con la clínica a fin de cubrir los requerimientos de salud de una población creciente. El esforzado trabajo médico de aquellos años no lo alejó, por fortuna, de la disciplina diaria de escribir. Robándole horas al sueño, publicó *La palabra* (1950-1951), un entretenido pasquín donde sacaba a flote la estulticia de ciertos personajes provincianos, particularmente de la clase política y de los comerciantes codiciosos. La pasión por las letras se reactivó en 1957, cuando dirigió *El chinaco*, órgano quincenal con el cual incursionó en un periodismo de mayor calidad.

Al alborear los años sesenta, el contexto internacional (la Guerra Fría, la Revolución Cubana, etc.) y la efervescencia política nacional generada por el Movimiento de Liberación Nacional, encabezado por don Lázaro Cárdenas del Río (tío de Julia y su padrino de bodas), hicieron que el médico se sumara con entusiasmo, ya fuera como acompañante en las giras nacionales y locales o como contribuyente a la causa, a la gesta política que por aquel tiempo ocupaba al general michoacano (a quien más tarde rendiría tributo en su *Cárdenas: infancia y juventud*, libro editado por la Universidad Nicolaíta en 1970). Esta breve incursión en las lides públicas le acarreó consecuencias contrastantes: por un lado, adquirió un amplio conocimiento de la geografía del país y reforzó su admiración por los líderes sagaces y benefactores de sus pueblos como lo era el ex presidente; y, por el otro, se ganó una fuerte animadversión de las fuerzas conservadoras uruapenses, que le endilgaron el paradójico mote de “comunista burgués”, un calificativo que en vez de injurarlo lo llenaba de orgullo. Fue en esta misma época cuando se convirtió en presidente de la Cruz Roja de Uruapan,

amén de que trabajó de manera altruista y con ahínco en las jornadas médicas que brindaron nobles servicios a la comunidad.

Durante 1963 y 1964, desconociendo su naturaleza de hombre afecto a la reclusión hogareña (donde podía dedicarse a leer y escribir con fruición), se dejó envolver temporalmente por una rutina laboral y social que acabó detestando: trabajaba durante el día y hasta la extenuación en la clínica, con varias parejas de amigos salía al cine y a cenar casi todas las noches, y los fines de semana asistía con su esposa a los bailes y convites de la alta sociedad uruapense. Los lastres de esa parafernalia cotidiana se manifestaron a través de una aguda depresión psicológica. Para colmo, sus cuentos permanecían inéditos y la pluma sin usar. Uno de los médicos consultados, usando más la intuición que la ciencia, le dio un consejo atinado para aliviar sus males: ¿por qué no compraba un rancho y plantaba árboles? Comenzó así lo que sería su curación y su ascenso hacia la vida hedonista, justo cuando adquirió “Cholinde”, sembró ahí aguacates y flores, y construyó una casa de campo en las afueras de Uruapan. La parte más importante de su salvación anímica la dedujo él mismo: tenía que retomar y jamás descuidar su vocación literaria.

Entre fines de 1964 y 1969 publicó en México un libro de cuentos y dos novelas, tres obras que tuvieron un inusitado éxito de crítica y de ventas, sobre todo porque era un autor de provincia, ajeno a las mafias literarias de la capital. En 1970, luego de cerrar la clínica infantil, dejó también la casona del centro de la ciudad y se mudó a vivir a la “Barranquilla de Costo”, pequeña residencia ubicada en un rincón de su huerta y rodeada de los tupidos bosques purépechas. Había encontrado, por fin, su paraíso terrenal. Dos años antes, en ese mismo lugar privilegiado, a la vera de la carretera a Carapan, inauguró una importante empresa turística: el Motel Pie de la Sierra. (Dada su personalidad polifacética, nunca pudo dedicarse de tiempo completo al trabajo intelectual.) Dicho negocio, además de servirle en lo

sucesivo como fuente principal de ingresos, le reveló asimismo que tenía una capacidad innata para el diseño arquitectónico (posteriormente, con el auxilio de su fiel cuadrilla de albañiles y sin dejar de gozar las lecciones que derivaba de su aprendizaje autodidacta, edificaría varias casas más y el Hotel Villa de Flores, construcciones hechas en un estilo regionalista muy original donde se fundieron en feliz armonía la madera, el hierro forjado, los azulejos, el tejamanil, la cantera y los techos de teja); un ejemplo notable, en tanto que logro creativo personal, lo sería su último refugio doméstico, *Sés Jarhani* (que significa “paz”, en tarasco), terminado en 1980, donde hizo realidad el anhelo de poseer un espacio acogedor e idóneo para albergar su biblioteca de veinte mil volúmenes (otros trece mil, acatando su voluntad expresa, fueron donados al pueblo de Uruapan a los tres años de su fallecimiento).

Viajar por los más diversos confines del planeta conformó otro de sus deleites supremos, ya que de esa manera podía navegar a través de ríos y mares, subir hasta el último escalón de campanarios y castillos, recorrer a pie los bulevares y los callejones de las ciudades, visitar museos y palacios, admirar los paisajes ignotos y la beldad de las viandantes, beber un vino robusto en la placidez de la campiña y escuchar arrobado una sinfonía en un recinto célebre. De esta forma, a fin de gratificarse con las glorias artísticas de la humanidad, se convirtió en un trotamundos infatigable que realizó veintitrés recorridos, aproximadamente de mes y medio cada uno, la mayoría de ellos por el continente europeo, donde satisfizo su absoluta predilección por las joyas estéticas de la cultura occidental. En 1961, en una de sus estancias más largas (seis meses), también visitó el lejano oriente; al arribar a China, gracias a que portaba una carta invitación que le transfirió el general Cárdenas, tuvo oportunidad de dictar conferencias sobre historia de México en algunas de las fábricas y comunas rurales que visitó. Asimismo, a raíz de estos periplos consiguió reunir una vasta colección de diapositivas sobre arte, mismas que no sólo le servirían para su regocijo personal, sino que

también aprovecharía como material didáctico para impartir sus cursos de historia universal e historia del arte. Y fue precisamente ese don natural para la docencia, ese deseo generoso de compartir sus amplios y variados conocimientos con los jóvenes y el público en general, lo que se añadiría como una más de sus múltiples facetas en tanto que intelectual humanista. En efecto, numerosas generaciones de estudiantes uruapenses, inscritos en la Universidad Nicolaíta, todavía recuerdan aquella pasión arrolladora cuando, situado a un costado de una transparencia proyectada en la pantalla, su profesor disertaba en torno de las características estilísticas del gótico o del barroco.

Finalmente, convertido en un hedonista de tiempo completo, logró y explayó de manera creativa esa “plenitud de la vida” que suele acompañar la madurez de ciertos individuos. Durante casi tres décadas, con esporádicos interludios de pesar y melancolía, alcanzó y hasta superó la mayoría de las expectativas halagüeñas que se había forjado en aquellos tiempos lúgubres de su niñez y juventud. A la hora de cosechar los frutos de sus esfuerzos, esos “trabajos” diversificados que tanta delectación le suscitaban, también tuvo a su lado los hados de la fortuna: gozó de una salud envidiable; mantuvo sus finanzas en el punto justo para satisfacer su apetencia voraz de libros y viajes; disfrutó del respeto y la estimación de la mayoría de sus paisanos (luego de haber padecido, en tiempos lejanos, la incomprensión y la hostilidad hacia su literatura); de manera voluptuosa y disciplinada, a pesar de que sólo publicó dos libros a lo largo de esta prolongada época, nunca dejó de escribir y corregir todos los días su diario, sus cuentos y la que fuera su última novela; con enorme contento se regaló aquellos paseos mensuales por la ciudad de México, adonde acudía con el propósito de satisfacer su avidez por la cultura: exposiciones, teatro, películas, ópera, y sus visitas asiduas a comprar libros en la Lagunilla y en las librerías de viejo; en sus últimos años, además de las artes plásticas y la literatura, descubrió el embrujo del jazz y se fascinó con el

prodigioso universo visual que le es peculiar al cine; y, de entre todos estos gustos y regustos, el que tuvo mayor trascendencia para edificar su bienestar cotidiano fue la presencia afectiva y solidaria de su entorno amistoso y familiar, sobre todo de la imprescindible Julia y de sus hijos, los cuales únicamente hasta que dejaron de ser infantes se convirtieron para él en “personas interesantes” y en compañeros de correrías culturales. Sólo una y muy importante frustración arrastró consigo hasta el final de sus días: el no haber tenido más tiempo y mayor prestigio como escritor. Pero, puestos en una balanza, tal como se revela en el diario que redactó en los aciagos días pasados en el hospital, jamás habría cambiado lo que realizó en la travesía de su devenir existencial, intensamente vivido en todas sus aristas, por el rostro efímero y veleidoso de la fama literaria. Fue por ello que aceptó la muerte con serenidad, una sabia templanza que sin duda era resultado de sentirse satisfecho consigo mismo. Sin remordimientos ni culpas estorbosas, supo pagar la factura de ser un *diletante*, tal como le gustaba describirse a sí mismo. Al encarar la inminencia de su muerte, producto de un cáncer asesino, en una hoja suelta escribió su epitafio, un mensaje lúcido y una síntesis luminosa de lo que abrevó de su paso por el mundo: “La existencia es un prodigio a condición de llenarla con una labor que deje huella, aunque sea mínima. De lo contrario se habrá pasado la vida como sombra, como nada”. Al caer la noche, rodeado de los suyos, expiró apaciblemente en su residencia uruapense el 3 de marzo de 1995. Sus cenizas, depositadas en una vasija de barro multicolor, se guarecen en una casita de cantera situada en un costado del jardín de *Sés Jarhani*; alrededor de ese refugio eterno, tal como él alguna vez lo dispuso, sobresalen un seto de flores y unas enormes piedras volcánicas, rojizas y rugosas, que apuntan al cielo.

AVATARES LITERARIOS DE UN ESCRUTADOR DE ALMAS

José Ceballos Maldonado escribió muchísimo, desde que tenía dieciséis años hasta unos cuantos días antes de su muerte, pero sólo publicó cinco libros en vida: tres novelas y dos compilaciones de cuentos. Cotidianamente batallaba con la pluma y corregía una y mil veces sus textos; a veces bajaba de su biblioteca regocijado con los logros obtenidos, y otras tantas permanecía dubitativo sobre la calidad de lo producido. Su carácter inseguro e hipercrítico lo obligaba a desechar bastante de lo que había avanzado y así volvía a comenzar sus escritos casi desde el principio, sobre todo si había estado alejado de ellos durante cierto tiempo. Y si a esta manera pausada y escrupulosa de pulir su prosa le añadimos las múltiples ocupaciones que merecían su atención (negocios, docencia, atención a pacientes, viajes, etc.), pues entonces no debe sorprender el hecho de que su obra editada sea tan escasa.

El hecho de vivir en provincia, cuando el poder cultural se concentraba y centralizaba excesivamente en la ciudad de México, tampoco contribuyó a motivarlo para que se hubiese dedicado con mayor profesionalismo y exclusividad al ejercicio de las letras. Sus dos primeros libros fueron ediciones costeadas de su propio peculio, y aun a pesar del relativo éxito que alcanzaron, ninguna editorial importante se interesó por su obra posterior; para colmo de males, todas las casas donde editó sus libros (Costa Amic, Diógenes, Novaro y Premiá) tuvieron una vida efímera y de poco lustre. Al agotarse las primeras ediciones de sus libros, y debido a que no pertenecía a ninguna de las cofradías culturales en boga, pronto su nombre se diluyó en el olvido, salvo en los contados casos de críticos y amigos escritores a quien él personalmente había buscado para regalarles ejemplares de su creación. Para nada lo favoreció el hecho de publicar en una época, los años sesenta, caracterizada por la bonanza de dos estilos literarios ajenos por completo al talante particular de su obra: por un lado, la exploración del universo juvenil y la reproducción del lenguaje coloquial clasemediero a través de las novelas de José Agustín, Gustavo Sainz, etc.; y, por el otro, la tendencia a

innovar y experimentar tanto con las estructuras narrativas como con el lenguaje mismo: Sergio Fernández, Salvador Elizondo, Fernando del Paso, etc. En este contexto adverso, la prosa de Ceballos Maldonado fue bien recibida por los principales comentaristas de aquel entonces, pero no ocultaron un cierto dejo peyorativo al definirla como una producción esencialmente naturalista, localista y carente de vestiduras literarias. En los actuales tiempos posmodernos, por fortuna, los juicios críticos y analíticos se han vuelto más flexibles y diversos. Quizá por ello, en la lectura y relectura contemporáneas de la obra legada por el escritor, hoy pueden encontrarse valores sociológicos y artísticos que no fueron debidamente ponderados durante aquella etapa signada por el furor vanguardista (la sobrestimación de la “nueva novela” francesa) y el ímpetu rebelde de los jóvenes.

Los cuentos de *Blas Ojeda* (Costa Amic, 1964), por ejemplo, destacan en primera instancia por el uso de un lenguaje directo, sencillo, coloquial, saturado de “palabrotas” referidas a la sexualidad. Empero, una lectura más profunda revela a un narrador capaz no sólo de recrear el lenguaje prototípico de sus personajes variopintos (comerciantes, burócratas, indígenas, profesionistas, etc.), sino que también tiene la habilidad de reconstruir de manera precisa y palpitante el microcosmos provinciano en su más crudo y patético acontecer. De esta manera, gracias al bisturí filoso del escritor, en cada cuento se destazan las pequeñas y grandes *miserias morales* de esos sujetos que aparecen como “humanos, demasiado humanos”; y entonces nos percatamos de sus fantasías, enajenaciones, hipocresías, tabúes y, sobre todo, de las trampas sociales que los convierten en eternas víctimas de su propia mediocridad. Es verdad que, como le suele suceder a los autores novatos, los textos son desiguales en su calidad literaria: algunos, los mejores, conservan su excelencia a pesar del paso del tiempo; mientras que otros, sobre todo los que se quedan al nivel de simples relatos, resultan un tanto excesivos, faltos de sutileza y por ello no alcanzan

la redondez artística. Más allá de la escandalera que suscitó el libro en la fecha de su publicación (debido a que algunos uruapenses se reconocieron como personajes y montaron en cólera), lo trascendente para la historia de la literatura nacional es que varios de estos cuentos aún impactan por la fidelidad con la cual retratan esa mentalidad sexista, acomplejada, supersticiosa y adocenada que todavía pervive como lastre en el actuar de los seres humanos.

Los argumentos y personajes que pululan en la obra de Ceballos Maldonado, es cierto, no nacieron de su inventiva personal, sino que más bien son historias atesoradas a lo largo de su vida, ya fuera a modo de vivencias propias o a manera de experiencias indirectas. A este rico anecdotario le adjudicó la relevancia suficiente como para convertirse en materia literaria de su pluma y en fuente inagotable de conocimientos para los lectores. Así las cosas, sin que hubiera malicia contra nadie, su apuesta creativa consistió en tener la capacidad para reproducir eficaz y artísticamente los asuntos que suscitaron su interés como escritor.

Su primera novela, *Bajo la piel* (Costa Amic, 1966), constituye un homenaje a uno de sus libros preferidos: *Madame Bovary*, de Flaubert. La heroína, Tea, es la típica mujer candorosa y soñadora que, luego de casarse con Mario y tener con él dos hijos, descubre que padece una situación de absoluta insatisfacción sexual y personal. Atrapada y asfixiada por el claustrofóbico ambiente provinciano, saturado de un sinfín de convencionalismos, hipocresías, mendacidades y atavismos de toda laya, opta por el camino riesgoso del adulterio con Adrián a manera de único camino posible para huir del tedio, la ociosidad y su propio malestar íntimo. Sus ilusiones pequeñoburguesas, su avidez insaciable y su apetencia de felicidad se estrellan finalmente contra la dolorosa realidad: el machismo secular, la mediocridad de los seres que la rodean, y la sobrestimación de los valores materiales que imperan en el conjunto de la sociedad. Y al igual que Emma Bovary, o Effi Briest (de la

novela de Theodor Fontane) o Luisa (de *El primo Basilio*, de Eca de Queiroz), Tea también sucumbe como esposa y amante, víctima de sus propias ilusiones y a causa del ambiente social moralista y rígido que le tocó vivir.

Después de todo (Diógenes, 1969), narrada en primera persona, versa sobre las dramáticas peripecias de un profesor sodomita que arrostra, con valentía y dignidad, los prejuicios de una sociedad intolerante y homofóbica. El entramado de esta segunda novela se ubica, primero, en Guanajuato, y luego en la Ciudad de México, adonde el personaje Javier Lavallo arriba después de ser descubierto, vilipendiado y corrido de las aulas, destruyéndole con ello su prometedora carrera como docente universitario. La época de estas intensas vivencias, que refieren la aceptación definitiva de la preferencia sexual de Javier, su obsesiva búsqueda de compañía amorosa y los peligrosos rituales para seducir a sus alumnos, transcurre a mediados del siglo XX, es decir, cuando resultaba todo un desafío existencial asumir de manera voluntaria la transgresión de los valores impuestos por una ética autoritaria y dogmática que pretendía establecer lo que conformaba la normalidad y la anormalidad en las relaciones sexuales humanas. Sin caer en truculencias melodramáticas o en mensajes panfletarios, este libro toma partido a favor del derecho de cada individuo a escoger libremente la opción sexual que más le satisfaga. Dado que es una de las novelas pioneras de la literatura gay en el país, debido a la manera objetiva y natural como recrea su tema, y en la medida en que le apuesta a la defensa de la diversidad sexual, no hay duda que *Después de todo* marca un hito en la historia de la literatura mexicana.

Con *Del amor y otras intoxicaciones* (Novaro, 1974), su segundo libro de cuentos, Ceballos Maldonado se tropezó, por primera vez, con una reacción nada entusiasta por parte de la crítica especializada. Una pésima elección editorial acrecentó la desazón y el desconcierto de un escritor acostumbrado a recibir elogios por su trabajo literario. En esta

ocasión, ciertamente eran más los cuentos fallidos que aquellos donde el narrador alcanzaba una plena artisticidad. Todos ellos, sin embargo, abordaban con indudable fruición diferentes asuntos referidos a la siempre enigmática sexualidad humana: la frigidez, la homosexualidad, el voyerismo, el onanismo, etc. Y era tal el placer del escritor al bordear y profundizar en los misterios y las patologías ligados a la vida sexual, que pronto comenzó a interesarse por adquirir un saber propiamente científico de estas temáticas. A la postre, gracias a su sapiencia en sexología, escribió ensayos y dictó conferencias que tuvieron una loable función pedagógica y libertaria.

Luego de una década sin publicar, apareció su tercera novela: *El demonio apacible* (Premiá, 1985). El argumento refiere las relaciones amorosas, necesariamente efímeras y clandestinas, entre un profesor de preparatoria y dos de sus alumnas que se distinguen por su precocidad y avidez de mundo. Además de estas aventuras circunstanciales, Rodrigo, un tipo cincuentón, casado, de holgada posición económica, también mantiene un *affaire* amoroso con una mujer cosmopolita y desprejuiciada cuyo marido no la satisface sexualmente. A pesar de ser reiterativas y hasta un tanto egocéntricas las descripciones de los muchos encuentros eróticos de los personajes (faltó en este libro establecer una distancia pertinente entre la personalidad del *yo narrador* y la del propio autor), debe precisarse que detrás de la aparente trivialidad temática del libro, el novelista consigue regalarnos una radiografía sociológica tanto de la desazón que sufren los jóvenes frente a su incierto futuro así como de la grave crisis que carcome a las instituciones educativas nacionales: el abuso de las huelgas, la apatía de los estudiantes, las lacras del sindicalismo, las disfunciones de la burocracia universitaria y la haraganería de los profesores.

En la novela póstuma, *Fuga a ciegas* (Coyoacán, 2005), el escritor michoacano explora los múltiples condicionantes de la mentalidad suicida y las variables psicopatológicas que

atosigan a Gastón, un tipo quisquilloso que, no obstante su estabilidad económica y familiar, fantasea todos los días con encontrar el mejor método para quitarse la vida. Y su compulsión erótica, ya sea que se masturbe o copule todos los días, tampoco le sirve de mucho como subterfugio para huir de sus propios demonios internos. Al abordar con enorme perspicacia este cúmulo de situaciones paradójicas, la novela alcanza su mayor logro en tanto que análisis de un personaje complejo y contradictorio.

Imágenes del desasosiego (Secum, 2005) es una antología de algunos de sus mejores cuentos, amén de que tiene la virtud de rescatar tres textos valiosos que estaban inéditos. (Por cierto, su extenso diario, numerosos relatos, cartas y ensayos todavía están a la espera de un editor.) Y ciertamente encontramos en ellos las señas de identidad de toda la obra literaria del escritor: por un lado, un lenguaje diáfano, ágil, cautivante, sin barroquismos lingüísticos, pero nunca exento de imágenes poéticas; y, por el otro, estructuras narrativas sencillas, anécdotas que por lo general transcurren desde el presente hacia el pasado, casi siempre contadas en primera persona, y las cuales abordan el eterno desencuentro entre el individuo y la sociedad. Un conflicto insoluble en donde los sujetos, acosados y coartados, buscan afanosamente su libertad o su felicidad; y producto de tal enfrentamiento, a veces triunfan y otras tantas sucumben. Para beneplácito de los lectores, las atmósferas geográficas e históricas, así como la psicología de los personajes (transfigurados en seres de carne y hueso) son recreadas con un diestro oficio narrativo, lo cual a la postre se traduce en un retrato certero y profundo de la tortuosa y apasionante conducta humana. Desde esta perspectiva, la literatura de Pepe Ceballos no sólo resulta aleccionadora y muy disfrutable, también sobresale porque es capaz de reflejar y al mismo tiempo trascender el marco social específico donde se originó. En virtud de las múltiples cualidades de sus libros, un año antes de su muerte, el gobierno de Michoacán le otorgó el Premio al Mérito Artístico (1994).

